

Globalización alternativa y Foro de Porto Alegre

Perry Anderson y Tom Mertes

Entrevista a WALDEN BELLO

Walden Bello es sociólogo y economista filipino, profesor en Bangkok y organizador del Foco en el Sur Global. Veterano de los tiempos de Allende y de la oposición al Presidente Marcos, examina en esta entrevista, concedida a la revista NEW LEFT REVIEW (Nº 16, jul.-ag. 2002), cómo se fueron integrando muchas experiencias e iniciativas en el Foro Social Mundial que tuvo su eclosión en Porto Alegre y las posibilidades de este movimiento después del 11 de septiembre. Bello, uno de los líderes indiscutido del foro, de formación inicial cristiana, defiende la necesidad de unir las protestas contra el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio con las campañas contra la expansión militar de Estados Unidos.

¿Podría hablarnos de su educación y su pasado familiar?

Nací en Manila en 1945. Mi padre trabajaba en la industria del cine en Filipinas, y estaba metido en el mundo de

la publicidad y el entretenimiento. Mi madre era cantante y compositora — a los dos les interesaban las artes. Mi padre leía mucho. El caso es que estaba inmerso en Thoreau cuando yo nací, y decidí ponerme de nombre Walden; aunque también tengo dos o tres nombres españoles. Mis padres eran ambos hispanohablantes, pero no nos transmitieron el idioma — el inglés era más o menos la primera lengua en nuestra casa cuando yo crecí. También tenía otros dos idiomas de Filipinas, pero sólo hablados, no escritos. Estudié en los Jesuitas, desde primaria hasta la graduación, y mi rebelión inicial fue una reacción contra ese sistema educativo conservador — las escuelas jesuitas en Filipinas atendían sobre todo a los hijos de la élite. Yo no procedía de ese ambiente, y me opuse instintivamente a sus estrictos prejuicios de clase, de manera pre-política.

¿Esto fue antes del desarrollo de la teología de la liberación?

Sólo hubo un puñado de gente de la universidad que adoptaron posturas radicales en los inicios del período de Marcos. Para la mayoría, el sistema jesuita ha sido un productor bastante eficiente de mentes de la clase dirigente. Como en América Latina, una capa de cristianos con perspectiva de liberación nacional surgió de algunas órdenes religiosas, en especial las relativamente más recientes, como los Redentoristas. Pero esto nunca predominó entre los jesuitas. Los conocía a todos, y muy pocos de ellos —quizás ocho o diez— adoptaron alguna vez políticas progresistas. Los Jesuitas siempre tuvieron una fachada liberal; pero en lo que se refiere a su educación y la gente que producían, eran bastante conservadores.

¿Qué hizo usted después de graduarse?

Los estudios superiores en Filipinas llevaban automáticamente a una carrera empresarial en las multinacionales o a la carrera jurídica y administrativa. Yo no quería verme atrapado en ninguna de estas dos opciones, por lo menos no tan pronto. Así que bajé a Sulu y estuve de profesor en un colegio en Jolo durante un año. Allí me metí en debates con los intelectuales musulmanes — gente que después

formarían el *Frente de Liberación Nacional de Mindanao*, del que algunos de mis estudiantes también llegarían a ser activistas. Yo simpatizaba con su análisis de una discriminación sistemática contra los musulmanes en Filipinas, aunque quizás no hubiera apoyado la secesión sin reservas.

Después de eso trabajé unos años como director de publicaciones del Instituto de Cultura Filipina, que habían creado antropólogos de la Universidad de Chicago. Su perspectiva era muy empírica pero sus ideas sobre la estructura social y los patrones de conducta filipinos todavía tenían mucha influencia. Estaban muy relacionados con la Agencia Internacional de Desarrollo de Estados Unidos. En esa época, gran parte de la financiación americana para investigación en ciencias sociales procedía del ejército. Iba gente a Filipinas (a sitios como el Instituto de Cultura Filipina) con becas de investigación de la marina americana. Esto era a mitad de los sesenta, en plena guerra contra Vietnam — pero aquellos científicos sociales aún sostenían que su investigación no tenía ninguna aplicación militar. Fue un momento que me politizó mucho, al entender cómo funcionaba el sistema: que no había ninguna distinción entre esta clase de financiación y la investigación académica.

¿Fue entonces cuando Marcos salió elegido de nuevo?

Abandoné los estudios de postgraduado en Princeton justo antes de las elecciones del 69 — fue una campaña feroz. Un período trascendental. En 1970 estaba el así llamado *First Quarter Storm* en Filipinas, con el alza del movimiento estudiantil. Pero fue la huelga de estudiantes americanos contra la guerra de Vietnam lo que en realidad me politizó, en los propios Estados Unidos. Mi siguiente experiencia importante fue al marchar a Chile para mi investigación doctoral en 1972. Me atraía la vía constitucional de Allende hacia el socialismo, y quería estudiar la movilización política en los barrios de chabolas. Pasé un par de meses trabajando con los comunistas en la organización de las comunidades locales, pero tan pronto como llegué me di cuenta de que la correlación de fuerzas ya había cambiado: ahora lo que ascendía era la contra-revolución. Así que acabé cambiando el enfoque tanto de mi trabajo

académico como de mis intereses políticos en el surgimiento de la reacción en Chile. Viniendo del Tercer Mundo, no resultó fácil. Si no eras chileno y parecías mulato, solían rebajarte como agente cubano. Esto me causó problemas a menudo.

La tesis se convirtió en un estudio comparativo de la contrarrevolución en Alemania, Italia y Chile. Reconocía el papel de la CIA pero daba igual peso —si no más— a las fuerzas de las clases sociales menos favorecidas para explicar la consolidación del bloque anti-Allende. La experiencia me proporcionó un saludable escepticismo sobre el papel democrático de la clase media, sobre todo frente a muchos supuestos políticos americanos en relación a los países en desarrollo. Veía que esto era un postulado muy ambivalente.

Cuando volví a Estados Unidos para defender mi tesis a principios del 73, Marcos había declarado la ley marcial, y la comunidad filipina en los Estados Unidos estaba alborotada. Fue entonces cuando empecé a ser activo en la política Filipina en el exilio. Se estaban formando varios grupos. Había un *Movimiento por la Libertad de Filipinas*, relacionado con el Senador Raúl Manglapus, uno de los partidarios de la élite contraria a Marcos que había huido a Estados Unidos justo después de la declaración de la ley marcial. Varios americanos, algunos de ellos especialistas en el tema, fundaron un grupo llamado *Amigos del pueblo Filipino*; entre ellos estaba Daniel Schirmer de Boston, que acababa de escribir *República o imperio*. Yo me sentía atraído por la *Unión Democrática de Filipinas* — el *Katipunan ng Demokratikong Pilipino (KDP)*— que estaba aliado con el Partido Comunista Filipino y el Nuevo Ejército del Pueblo.

Dada la relación directa entre los Estados Unidos y el régimen de ley marcial, que usted analizó en aquel momento en Logística de la represión, ¿hasta dónde vio la izquierda en general en Filipinas su lucha como un movimiento de liberación nacional, más que una simple oposición a la ley militar?

Marcos, por supuesto, sostuvo que el movimiento revolucionario naciente era su principal razón para declarar la

ley marcial, diciendo que requería una respuesta dura centralizada. Su otro pretexto fue lo que él llamó el "punto muerto democrático" — un mantener la distancia entre la élite tradicional y la izquierda, que según él obstaculizaba el desarrollo. El Partido Comunista Filipino se había vuelto a fundar en 1968 —el "viejo" PC se veía como comprometido sin esperanza y prosoviético— y en marzo de 1969 formó el *Nuevo Ejército del Pueblo*, asentado sobre todo en el centro y norte de la isla de Luzón. Su estrategia era clásicamente maoísta: crear zonas liberadas en el campo, considerando las ciudades como un frente secundario, importante sobre todo para reclutar gente para el NEP. Así que cuando Marcos impuso la ley marcial, ya había una izquierda filipina renacida, muy activa.

¿Pudo volver a Filipinas después del 72?

No. Cuando intenté renovar mi pasaporte en 1974 ó 1975, lo confiscaron sin ninguna explicación. Así que después yo estuve efectivamente sin nacionalidad durante algunos años. La Unión Democrática de Filipinas ahora ocupaba el centro de mi vida. Estuve de profesor en el Colegio de la Ciudad de San Francisco, la Universidad Estatal de Nueva York, y en Berkeley durante unos cuatro años — no para seguir una carrera académica, sino para sobrevivir. Me uní al Partido Comunista Filipino y acabé donde quiera que me mandaban: Nueva York, San Francisco, Washington. Pero también estaba desarrollando un área de análisis y de escritos que no respondía automáticamente a las prioridades del partido, pero que yo sentía que era importante para entender lo que estaba ocurriendo en realidad. A la mayor parte de la izquierda no le interesaba por entonces el Banco Mundial, pero a mi me pareció que, por varias razones estratégicas, era algo absolutamente determinante.

Uno de los mayores proyectos de desarrollo en Filipinas era una planta de energía nuclear; eso me hizo interesarme en temas de energía más en general. En 1979 Peter Hayes, australiano, Lyuba Zarskey y yo creamos el *Instituto Nautilus*, para investigar las intersecciones entre energía y política. Hoy en día todavía existe, pero yo estuve relacionado con él sobre todo en los ochenta, cuando produj-

mos documentación sobre la planta nuclear en Filipinas, y seguimos examinando los despliegues norteamericanos y la estructura militar en el Pacífico.

Cuando estábamos investigando la cuestión de la ayuda bilateral a Marcos fue cuando nos dimos cuenta de cuánta parte de ella estaba siendo canalizada a través del Banco Mundial. El papel de las instituciones multilaterales —y el Banco en particular— en Filipinas eclipsaba el apoyo directo americano. Ahí empezó mi interés particular. Yo no tenía ninguna base sólida en economía; fue todo aprendizaje sobre la marcha. Descifrar esta estrategia de desarrollo global se hizo apasionante, una tarea totalmente absorbente, que con el tiempo se reflejó en un libro, *Development Debacle*. Empecé a darme cuenta que el proceso tenía su propia dinámica, impulsada por una ideología muy específica.

En Filipinas, los años de 1980 a 1986 estuvieron marcados por una mezcla de crisis económica y disminución de la legitimidad del régimen. El sur había sido golpeado duramente por la recesión mundial del 82. Marcos perdió mucho de su base de poder local, y se hizo cada vez más dependiente de las ayudas multilaterales y norteamericanas. A final de la década el Banco Mundial obligó a Marcos a designar un gabinete de tecnócratas para defender su modelo más abierto al mercado de producción orientada a la exportación frente a las depredaciones de sus compinches.

Antes de 1983, el gran miedo de los americanos había sido que la oposición a Marcos pudiera caer bajo el dominio del NEP—Nuevo Ejército del Pueblo—, ya que la alternativa oligárquica era débil y fragmentaria —su principal líder, Benigno Aquino, estaba fuera del país— y la izquierda parecía tener una amplia hegemonía en la resistencia a la ley marcial. Esto cambió en 1983, cuando Aquino volvió y fue asesinado. Su martirio reavivó la oposición de la clase media y la élite, que fue siendo poco a poco capaz de ganar iniciativa frente a la izquierda.

A partir de entonces, Marcos se convirtió en una espina clavada para Estados Unidos. No quería la apertura del sistema, y se oponía a las reiteradas sugerencias de Washington para que incorporase la oposición ilegal a roles políticos de peso. Las tensiones entre ambos se agudizaron

a principios de 1986, cuando Estados Unidos presionó a Marcos para que celebrara elecciones, y hubo fraude. El resultado fue el desencadenamiento de la resistencia civil de la clase media y la élite, produciéndose un levantamiento con apoyo militar. En Washington funcionarios como Michael Armacost, el oficial del Departamento del Estado responsable de la zona, se alarmó cuando supo que Marcos se preparaba para bombardear a los rebeldes. Estados Unidos intervino. Marcos huyó a Hawaii y Corazón Aquino se instaló en el poder, por aclamación popular. En efecto, la oligarquía democrática había sido restaurada en Filipinas.

El Partido Comunista Filipino, que había boicoteado las elecciones de 1986, alegando que eran solamente una fachada para dejar que Marcos siguiera en el poder, estuvo ahí mientras se desarrollaban estos acontecimientos. Esta fue una de las razones para la eventual marginalización de la izquierda de la rama principal de la vida política en el país.

Qué hizo usted tras la caída de Marcos?

Cuando volví a Manila, entré como profesor en la Universidad de Filipinas. Por entonces me interesaba más trabajar en temas más amplios —el papel de las multilaterales, el modelo de desarrollo asiático, los países en vías de desarrollo— que en aspectos específicamente nacionales. Desde finales de los ochenta estaba metido en varias organizaciones —Philippine Resource Centre, Food First, Oxfam y Greenpeace— a título personal, más que en relación con el PCF. No es que estuviera desilusionado a nivel general, pero sentía que la izquierda en el archipiélago no estaba muy al corriente tanto de las realidades locales como globales. La purga del Nuevo Ejército del Pueblo a mitades de los ochenta, cuando ejecutó a muchos de sus propios militantes por el pánico a la infiltración por parte de espías del ejército —yo escribí sobre ello— me hizo cuestionarme muchas de los presupuestos filosóficos del movimiento, sobre la clase y el individuo. Su error de cálculo en las elecciones de 1986 también me impactó mucho.

Fue en ese momento cuando fundó el «Foco en el Sur Global»?

Queríamos establecer un instituto que investigara temas de economía, política y ecología en Asia, relacionándolos con un panorama más amplio. Creamos la base en Bangkok, en parte por razones de coste, y en parte porque no se encontraban tales condiciones para la investigación y el análisis en otra parte de Asia. También, las ONGs filipinas consiguen involucrar bastante a la gente en temas locales, mientras que nosotros queríamos centrarnos en trabajo regional y global. El observar los modelos de desarrollo del Banco Mundial y otros patrones de dominación, me hizo ser cada vez más consciente de que simplemente no podíamos quedarnos en el nivel nacional. Si era cuestión de oponerse al ejército norteamericano, al Banco Mundial, al FMI o empresas multinacionales, era crucial empezar a crear enlaces interregionales.

Cuando triunfó el movimiento en Filipinas —ayudado por varios factores contingentes— para cerrar las bases americanas a principios de los noventa, algunos de nosotros advertimos que, a menos que cambiáramos la ecuación militar en la región, la victoria no duraría mucho. No cambió, y hoy las tropas norteamericanas están de nuevo en Filipinas con una venganza. Los movimientos nacionales, aún siendo importantes, tienen que combinarse con la creación de movimientos regionales y globales. Los paradigmas tradicionales de la solidaridad internacional ya no son apropiados en la situación actual.

¿A quién más involucró en Foco en el Sur Global?

Kamal Malhotra, de la India, era mi codirector. La gente que nos ayudó a establecernos en Bangkok eran investigadores tailandeses, como Suthy Prasartsert, que llevó a cabo una contribución intelectual importante. También estuvimos en contacto con el movimiento coreano, y gente como Muto Ichiyo de Japón. Algunos de ellos han pasado al personal de Foco, que hemos intentado hacer lo más diverso posible. Como el nombre indica, aunque empezamos en temas de Asia y el Pacífico, nuestros horizontes

fueron siempre los esquemas globales de dominación y resistencia.

Sobre el tema de la terminología: ¿ve usted problemas en definir, o reivindicar, palabras como "Norte" y "Sur" o "desarrollo" y "globalización", que las instituciones internacionales utilizan a menudo de una manera tan desconcertante?

Espero que Foco no haya contribuido a esto. Siempre hemos sido escépticos sobre la palabra "desarrollo": el desarrollo capitalista sería una expresión más clara, y solemos hablar de "globalización empresarial", relacionándola con la dinámica del capitalismo global. Al principio me resistía totalmente a usar "globalización"; la gente soltaba esta palabra como una retórica de moda que en realidad ocultaba las verdaderas fuerzas de clase involucradas. Bueno, todos estos términos tienden a usarse demasiado a la ligera. Me horrorizó cuando Oxfam tildó a algunos de sus aliados "globófobos", distorsionando todo por lo que estaban luchando. En cuanto a "Norte" y "Sur", es claramente válida una distinción entre los países super-industrializados, avanzados, y su periferia. Al mismo tiempo, las relaciones desiguales del tipo Norte-Sur se reproducen dentro del propio Norte, mientras que en el Sur hay élites del Tercer Mundo cuyos intereses económicos y estilos de vida están muy en sintonía con el Norte. Así que hemos intentado usar estos términos de manera más sutil.

¿Podría usted describir las actividades de Foco?

Nuestro trabajo lo han dictado las prioridades de la lucha global. El comercio es un eje central. Las relaciones de comercio internacionales, y organizaciones como la OMC, se han hecho tan centrales en la estructura de la economía internacional que demandan una atención especial. Los temas de seguridad son un segundo foco — esto es, seguir la pista a los patrones emergentes de la hegemonía militar y política de Estados Unidos, especialmente en la región del Asia y el Pacífico, y ayudar a construir resistencia. También estudiamos las diferentes facetas en que las élites locales

—globalmente, así como más específicamente en Asia del Sur y el Este— se van integrando en el sistema estratégico. Una tercera área es la sociedad civil. Examinamos las diferentes facetas de las organizaciones populares que alberga, su tremenda contribución potencial a la democratización, pero también su fuerte tendencia a ser invitadas e imponer su propia agenda en movimientos más amplios. Finalmente, también examinamos el papel de las ideologías. Muchas de las conceptualizaciones ultra-simplistas de los programas islámicos de la CNN y similares están siendo ingenuamente reproducidas por la gente del sur. Queríamos adoptar una perspectiva más crítica en los distintos aspectos del "revivalismo" islámico. Teniendo en cuenta sus muchos elementos retrógrados, aún tenemos que preguntar: ¿por qué había estado al frente de la lucha contra Estados Unidos?

Pero el "fundamentalismo" musulmán no es el único que tratamos — estudiamos también las versiones hindú y cristiana. Aunque las dos instituciones clave a las que siempre volvemos son la OMC y el Pentágono. Una de nuestras críticas del movimiento contra la globalización empresarial es su tendencia a desligar la lógica económica de las multinacionales y la OMC del dominio militar americano. Necesitamos entender como se conectan — lo que significa además intentar aunar dos movimientos diferentes.

En términos concretos, gran parte de nuestra investigación y análisis aparece en publicaciones de Foco. Eche un vistazo a nuestro sitio web —www.focusweb.org— y verá el conjunto de actividades que realizamos.

Organizamos conferencias, en particular sobre temas financieros, comerciales y militares. Trabajamos para aunar los movimientos globales — en particular, los movimientos pacifistas y las campañas contra la globalización empresarial. También llevamos a cabo lo que los burócratas llaman un rol "capacitador". El gobierno vietnamita se puso en contacto con nosotros para debatir si debían o no unirse a la OMC. Les dimos mucha información técnica sobre la Organización que demostraba cómo y por qué sería un desastre si lo hicieran. Uno de nuestros trabajos es mantener informadas a comunidades de base y organizaciones nacionales, incluyendo algunos gobiernos, sobre el funcionamiento de las instituciones globales. Haciendo esto, nos

enteramos de muchas iniciativas interesantes de los grupos de base. Por ejemplo, ha habido esfuerzos en Tailandia para bypass el sistema nacional de divisas; la gente ha creado sus propias divisas comunes en algunas regiones. En Argentina y Chile también, están improvisando sistemas de trueque que dan más control sobre el comercio a la gente del lugar. Se da un proceso doble de aprendizaje en esta clase de trabajo.

¿Cómo se financian ustedes?

Tenemos más de veinte patrocinadores, incluyendo ONGs europeas como NOVIB (Organización Holandesa para la Ayuda Internacional), Oxfam, Inter Pares y Desarrollo y Paz en Canadá. También obtenemos algún dinero de la Fundación Ford y otras organizaciones sobre la base de proyecto a proyecto. Tenemos varios principios sobre esto. Primero, diversificamos nuestra financiación —no recibimos más del veinte por ciento de ninguna fuente, para garantizar nuestra independencia, y estar seguros de que no atamos nuestra supervivencia financiera sólo a uno o dos patrocinadores. En segundo lugar, tenemos que asegurarnos de que no hay condiciones. En tercer lugar, nada de fondos de Estados Unidos. En cuarto lugar, con otros gobiernos e instituciones, nuestro personal siempre considera propuestas sobre la base del caso a caso. Hasta ahora, ha funcionado bastante bien. Por ejemplo, aunque recibimos mucha financiación de Oxfam, y respetamos muchos aspectos de su trabajo, nuestras reglas sobre el veinte por ciento y ningún compromiso nos han permitido ser muy abiertos en nuestras críticas a sus campañas de acceso al mercado y en el reciente Informe comercial, que defiende que es el acceso de los países del Sur a los comercios del Norte lo que constituye el problema crítico del régimen de comercio global.

¿Cuáles son sus diferencias aquí?

No estamos de acuerdo en que el acceso al mercado sea el tema clave — plantearlo así apoya efectivamente el paradigma del crecimiento orientado a la exportación, y presu-

pone un quid pro quo de mercados del Sur abiertos. Además, la campaña de Oxfam desvía activamente el movimiento de problemas mucho más importantes.

La prioridad absoluta ahora mismo es hacer frente a la presión de la OMC para conseguir un mandato más amplio. Tiene previsto consolidar las concesiones obtenidas de los países en vías de desarrollo en Doha, hacer de la quinta ronda en México el año que viene un trampolín para ampliar el alcance de la OMC, para incluir inversión, adquisición de gobierno y política de competencia — una expansión cuya escala competiría con la Ronda de Uruguay. Esto es en lo que deberían concentrarse los que se oponen al neoliberalismo: aumentar la presión interna en las zonas reales de conflicto dentro de la OMC, exacerbando las diferencias sobre precios del acero y subsidios agrarios. Su requisito formal de consenso es una debilidad que deberíamos tratar de explotar — es decir que las negociaciones se pueden hundir. En ese sentido, el *Economist* tiene razón: la globalización empresarial es reversible.

¿Cómo resumiría usted su propia crítica a la OMC?

La OMC (ORGANIZACION MUNDIAL DEL COMERCIO) es una organización opaca, no representativa y antidemocrática, dirigida por una ideología de comercio libre que, donde quiera que sus recetas —liberalización, privatización, desregulación— se han aplicado durante los pasados veinte años para reestructurar las economías del Tercer Mundo, sólo ha generado más pobreza y desigualdad. Ése es el primer punto: la puesta en práctica de los dogmas neoliberales conduce a un gran sufrimiento. Segundo, la OMC no es un cuerpo independiente sino que representa los intereses del gobierno y las empresas americanas. Su desarrollo ha estado estrechamente vinculado a las necesidades cambiantes de Estados Unidos, que ha pasado de apoyar un débil GATT a promocionar una poderosa OMC como un orden nominalmente multilateral con severas normas de estricto cumplimiento. Ni Estados Unidos ni Japón eran partidarios especiales de la OMC cuando se fundó, a instancias de la administración Clinton. El gobierno americano es muy flexible en cómo persigue sus fines — puede ser multilate-

ral cuando quiere, y al mismo tiempo unilateral. El talón de Aquiles de la OMC es su estructura de toma de decisiones secretista, antidemocrática y oligárquica. Ahí es donde deberíamos apuntar.

¿Qué propondría usted como alternativa positiva al régimen de la OMC?

Lo que pedimos es la "desglobalización" — afortunadamente, el término no contribuirá a la confusión; creo que éste es útil. Si hay una institución centralizada que impone un modelo de talla única por el mundo, elimina el espacio para que los países en vías de desarrollo determinen sus estrategias económicas por sí mismos. La OMC prohíbe ahora el uso de la política de comercio para la industrialización. Pero si se observa la experiencia de los países recientemente industrializados —pongamos de América Latina en los sesenta y setenta— la razón por la que pudieron alcanzar un módico desarrollo capitalista fue precisamente porque tenían ese espacio de maniobra. Creemos que los organismos como la OMC y similares tienen que ser debilitados, si no completamente eliminados. Otras instituciones internacionales, como la UNCTAD —la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que estaba actuando razonablemente bien hasta que el organismo fue arrinconado por la Organización Mundial del Comercio— deberían ser reforzadas, como deberían serlo también las organizaciones regionales como MERCOSUR, que tiene el potencial de ser un bloque efectivo, dirigido localmente, de importación-sustitución. Hay que crear instituciones financieras regionales, también. Si el Fondo Monetario Asiático hubiera existido en 1997 y 1998 —cuando todos los países de la región lo exigieron— la marcha de la crisis financiera asiática hubiera sido diferente. Pero Rubin y Summers acabaron con la idea, como una amenaza a la hegemonía del FMI.

En términos globales pues, proponemos una mayor descentralización, un mayor pluralismo, más controles y balances. En un orden menos globalizado, grupos de comunidades de base y movimientos populares estarían en una posición más fuerte para determinar estrategias económicas. En este momento, las élites locales siempre pueden decir "No tenemos más elección que seguir este camino — si no, el FMI o la OMC dirigirán nuestra política proteccio-

nista". Foco en el Sur Global no está contra el comercio; bien gestionado, un aumento de las importaciones y las exportaciones podría ser algo positivo. Pero en el Tercer Mundo el péndulo ha basculado tanto en la producción orientada a la exportación, que ahora hay que corregirlo hacia un mercado interno — el balance entre los dos se ha perdido en el camino de internacionalizar nuestras economías. Sólo podemos hacerlo si estructuramos el comercio no mediante las reglas de mercado abierto de la OMC sino con prácticas que sean negociadas entre las diferentes partes, con intereses variados. La desglobalización no implica una aceptación acrítica de las organizaciones locales existentes. Algunas son meras avanzadas de la economía globalizada, con los mercados comunes controlados por tecnócratas locales y élites industriales. Otras podrían sostener un auténtico programa de desarrollo regional.

¿Qué significaría la desglobalización para las finanzas?

El carácter desregulado de las finanzas globales ha sido responsable de gran parte de la inestabilidad que ha sacudido nuestras economías desde finales de los ochenta. Sin duda necesitamos controles de capital, tanto a nivel regional como local. De diferente manera, las experiencias de Malasia, Chile y China han mostrado su eficacia. Lo que hace falta es un mecanismo monetario asiático que no sólo apoyaría a los países cuyas divisas se ven amenazadas, sino que también comenzaría a sentar la base para un control regional. En cuanto a una autoridad monetaria mundial, soy muy escéptico acerca de su viabilidad como modo de controlar las finanzas globales, en especial de los grandes bancos centrales. No creo que una institución así proporcionara una defensa efectiva de los intereses de los países del Tercer Mundo. Nunca he creído que el acceso al capital extranjero fuera el factor estratégico en el desarrollo, aunque puede ser un suplemento. En realidad, nuestras élites locales —atrapadas como están en el orden internacional existente— tienen normalmente enormes reservas de capital. El problema es si los gobiernos de las regiones tendrán la habilidad de imponer controles de capital sobre ellas. Lo mismo vale para los regímenes impositivos, que en el sureste asiático son muy retrógrados. Por supuesto,

la riqueza de estas élites deberá estar sujeta a unos impuestos adecuados.

¿Reforma agraria?

La distribución de la tierra sigue siendo un tema central. Una razón por la que la producción orientada a la exportación pudo ser impulsada con tanto éxito por el Banco Mundial en los setenta, y tuvo un apoyo tan fuerte por parte de las clases dirigentes y tecnócratas locales, era que los mercados en los países en desarrollo eran muy limitados, precisamente a causa de la distribución tan poco igualitaria de activos e ingresos. Las élites veían el foco en las exportaciones como una manera de salir de la trampa de los mercados locales hundidos, basando la industrialización en el gran mercado exterior. Era una manera para eludir la masiva reforma agraria necesaria para crear —en términos keynesianos— el poder adquisitivo local que podría llevar un proceso de industrialización autóctono. Así que la reforma agraria es necesaria en Asia, como en Latinoamérica, por razones sociales y económicas.

Desde Seattle se ha visto claro que una crítica grieta creciente en el interior del movimiento entre los activistas y organizaciones, principalmente del Norte, que se agrupan en torno a una mezcla de temas mediambientales y de derechos laborales —la postura que usted ha descrito como proteccionismo verde— y los del Sur que ven el desarrollo en un sentido mucho más amplio como prioridad principal. Sería claramente una ilusión pensar que estas dos perspectivas podrían converger fácilmente. Pero si el movimiento aún tiene que desarrollarse, ¿es que tiene que negociarse y resolverse esta tensión?

La brecha es real, aunque yo apuntaría que hay amplias áreas de acuerdo entre los movimientos del Norte y del Sur — una crítica compartida de multinacionales y capital global, una percepción común de que los ciudadanos tienen que desempeñar un papel más fuerte en poner freno a las reglas del mercado y del comercio. El hecho de que gente de ambas tendencias pueden juntarse en coaliciones y tra-

bajar en una serie de puntos es testimonio de la fuerza de estos intereses que se solapan. Sin embargo, creo que la cuestión del trabajo tiene que solucionarse. Fuimos muy críticos con la manera en que los sindicatos en Estados Unidos —y en mayor medida en Europa, a través de la Confederación Internacional de los Sindicatos Libres (CIOSL)— defendían que la OMC se fortalecería si asumía cláusulas y derechos laborales. Desde nuestro punto de vista no deberían reclamar una OMC más potente. Esa es una respuesta de vista muy corta. Por encima de la superficie retórica de los derechos humanos en el Sur, es esencialmente un movimiento proteccionista, que persigue salvaguardar los puestos de trabajo del Norte. Siempre que planteamos esto de manera fraternal, se ponen muy a la defensiva. Vamos, acabemos con la hipocresía: claro que deberíamos luchar por los puestos de los trabajadores del Norte — pero de manera que apoye a los movimientos trabajadores de cualquier lugar; no sólo para proteger una parte y dejar al resto de lado.

Necesitamos trabajar en estrategias a largo plazo para responder al modo en que el capital está re-estratificando la clase trabajadora por todo el mundo — una división en la que centenares de millones de trabajadores rurales se llevan la peor parte. La dinámica del capital global es crear una amplia subclase, sin apoyo de los sindicatos del Norte. Aquí es donde necesitamos centrar nuestra estrategia, en un esfuerzo poderoso y visionario para organizar la clase trabajadora mundial. Hasta ahora, la respuesta del Norte —especialmente de los sindicatos— ha sido muy defensiva, escondiéndose tras la máscara de los derechos humanos. Nos preocupamos mucho cuando la gente de nuestros países, que ha apoyado tanto los derechos de los trabajadores y se ha opuesto activamente a las políticas de desarrollo dañinas con el medioambiente, se lanzan en estas polémicas contra la ecología y los derechos laborales.

El acceso al mercado no es el problema central, pero es un problema. Hay una tendencia en el Norte —aunque no todas las organizaciones ecologistas caen en ello— a usar el estándar medioambiental como manera de prohibir las mercancías de los países en desarrollo, ya sea por el producto mismo o por los métodos de producción. El resultado es un tipo de discriminación. Tenemos que encontrar una solución más positiva a esto. Hemos pedido un Plan

Marshall global —en el que los grupos medioambientales participarían activamente— para actualizar los métodos de producción en el Sur y acelerar la transferencia de tecnología verde. Habría que centrarse en el apoyo a las organizaciones verdes autóctonas en los países en desarrollo y en esa transferencia tecnológica positiva, más que en sanciones. Las sanciones son muy fáciles —apelan a intereses defensivos, proteccionistas, que incluso algunas organizaciones progresistas del Norte han asumido. Es muy penoso que el movimiento laboral estadounidense haya adoptado esta postura hipócrita, diciendo que realmente le preocupa la gente de China, mientras sus objetivos son tan egoístas. Si podemos superar esta clase de pretensión y establecer un diálogo a nivel de principios, sobre los intereses de la clase trabajadora en su conjunto, estaremos avanzando.

¿Hasta qué punto ve usted el Foro Social Mundial en Brasil como un escenario representativo en el que se pueden negociar estas diferencias?

Cuando se mencionó por primera vez la idea de un foro mundial, Foco fue una de las organizaciones que inmediatamente dio su completo apoyo. Lo que los brasileños proponían era un espacio seguro donde la gente del movimiento podría unirse para afirmar su solidaridad. Este era un elemento muy importante en el primer Foro Social Mundial en el 2001. Se sintió fuertemente la necesidad de hablar de alternativas, después de Seattle. Creo que hubo esfuerzos reales para integrar a la gente de movimientos del Sur, tanto dentro de la estructura organizativa como en los debates, aunque puede no haber tenido éxito en todas partes. Vandana Shiva y otros del Sur fueron invitados desde el principio, no de manera paternalista sino para que pudieran hacer sugerencias de verdad sobre quién debería estar allí.

Es verdad que Le Monde Diplomatique y ATTAC desempeñaron una parte importante en unirlos, y el apoyo del gobierno del PT fue bastante crucial. Pero mientras ATTAC y Le Monde Diplomatique aún fueron participantes vitales en el segundo Foro, su papel fue mucho menos central. Si acaso, fueron las ONGs brasileñas, los grupos de sociedad civil y el PT los que llevaron, sin dominar, la fuerza motora. Una cosa

muy positiva que han hecho desde el primer Foro Social ha sido crear un comité internacional, donde se pueden discutir las cuestiones de representación regional. Sin embargo la mayoría de los participantes del Tercer Mundo siguen siendo latinoamericanos, y se necesita involucrar a africanos y asiáticos en el proceso — razón por la cual los propios brasileños han propuesto que el próximo podría celebrarse en la India.

Es verdad que en muchos de los debates los principales conferenciantes, figuras como Noam Chomsky e Immanuel Wallerstein, vinieron del Norte. Pero no me opongo a ello porque nos hemos beneficiado mucho de su trabajo. Otros como Rigoberta Menchú y Samir Amin también desempeñaron un papel central. Necesitamos más gente del Sur — este es un proceso de desarrollo. Pero la función real es tener un espacio, cada año o dos, para ser capaces de reunirnos e intercambiar puntos de vista, en un ambiente seguro — no sólo otra demostración de protesta. El foco principal ahora debería ser desarrollar la batalla de ideas en el FSM. No debería ser una fiesta del amor, donde la gente de distintas posturas pretendan estar todos de acuerdo. Tenemos que ir más lejos, para afilar nuestras ideas sobre alternativas, no conformarnos con una coexistencia pacífica.

¿Prevé usted un momento en los próximos cuatro o cinco años en que el FSM pueda organizar acciones colectivas? Hasta ahora hemos visto enormes protestas aisladas en puntos concretos — Seattle, Praga, Washington. Pero hay otro nivel más allá, de campañas globales sincronizadas sobre temas específicos. ¿O ello implicaría un grado demasiado alto de coordinación centralizada?

No creo que el FSM esté estructurado para una cosa así. Lo que ha intentado hacer sobre todo es reunir a la gente para discutir alternativas y afirmar su sentido de solidaridad, y sería muy difícil transformarlo en una organización combativa bajo el lema "El mundo no es una mercancía", por ejemplo. Necesita ser un foro que incluya todo, donde la gente que quizás no esté de acuerdo en factores estratégicos a nivel medio pueda sin embargo venir y tener un buen debate, clarificador. Lo que yo esperaría es que todos estos movimientos y coaliciones diferentes sientan que es lo bastante

inclusivo para proporcionar un escenario anual o bianual donde las estrategias y tácticas puedan discutirse, no sólo ideas sobre alternativas.

Es en las coaliciones, un paso por debajo del Foro Social, donde se negociarán estas estrategias concretas. La coalición «El mundo no es una mercancía» está llevando ahora un esfuerzo para desbaratar la próxima cumbre de la OMC. «Cincuenta Años Bastan», que también ha desempeñado un papel clave en el FSM, se está organizando contra el FMI y el Banco Mundial. La campaña sobre las sweatshops o «fábricas de sudor» (donde se explota a los trabajadores) y Nike es muy dramática — podría emerger como la principal red contra empresas. El movimiento anti-belicista está renaciendo. Son estas coaliciones, más que el FSM, las que podrían ser el eje de un grupo de expertos sobre estrategias globales.

Usted habla del FSM como algo que incluya a todos, pero ¿no corre esto el peligro de acabar como el «Movimiento de Países No Alineados», donde los nobles objetivos originarios de la conferencia de fueron degenerando hasta tener a Suharto y gente así codeándose con líderes que de verdad intentaban hacer un mundo mejor, convirtiéndolo en un espectáculo sin sentido? Lo peor de estos carniceros siempre aparecía, aprovechando la oportunidad de sacar brillo a sus medallas tercermundistas. Mutatis mutandis, este último Foro Social estuvo decorado con todo tipo de políticos de centro-izquierda de Italia, Francia y otros sitios, que habían animado fervientemente al ataque contra Afganistán, en la lucha contra el terrorismo.

Si, estoy completamente de acuerdo en que es un peligro. Alguna de la gente que apareció en Porto Alegre estaba allí sólo para bruñir sus medallas progresistas, aunque en su casa estuvieran desempeñando un papel pernicioso. Al mismo tiempo, pienso que el Foro se hará más discriminatorio acerca de a quién invita. Con los que simplemente aparecen, es más difícil. Pero sólo a unos pocos de aquellos políticos no se les pidió que hablaran. Algunos oficiales del Banco Mundial vinieron y pidieron un estrado, y se les dijo "No. Podéis hablar en cualquier otra parte del mundo pero este no es

vuestro espacio". Entonces su portavoz salió y dijo al *Economist*, "Me censuraron, es una negación de la libertad de expresión". Y claro, por supuesto el *Economist* tomó nota.

Hay otro reto: cómo mantenerse independiente de los partidos políticos establecidos. Ahora, el centro de gravedad del foro continúa residiendo en los movimientos sociales — a pesar del papel dominante del PT, no ha tratado de atraer partidos políticos de similar ideología. Pero ahora está el peligro de que los viejos partidos de centro-izquierda y socialistas miran al FSM y se preguntan cómo pueden ellos cosechar un grupo tan rico de organizaciones de comunidades de base. En muchos sitios estamos viendo esfuerzos para establecer foros sociales dirigidos por grupos políticos de tipo más tradicional.

¿Cuál ha sido el efecto del 11 de septiembre en el movimiento en su conjunto? La prensa económica lo ha declarado triunfalmente como un golpe mortal a la campaña antiglobalizadora, al demostrar que la demagogia anti-capitalista siempre conduce a protestas violentas en las calles, que lleva directamente al terrorismo; ahora el 11 de septiembre ha tenido afortunadamente un efecto aleccionador. Muchos activistas en cambio se desorientaron o desilusionaron, en parte por la manera en que la guerra al terrorismo acaparó la atención, pero también por el hecho de que el movimiento en sí mismo no estaba bien equipado para responder a ello. Antes aludió usted a la desconexión entre la campaña contra la globalización empresarial, que tiene a las multinacionales como enemigo, y el esquema de despliegues militares y estructuras del gobierno americano, que algunos sienten como un tema divisorio que es mejor mantener fuera de la agenda del movimiento. Así que quizás no tenía los recursos para una respuesta inmediata, al enfrentarse a esta realidad. ¿Hasta qué punto todo esto ha representado un replanteamiento a fondo?

El impacto inicial el 11 de septiembre fue extremadamente desorientador, especialmente cuando el Banco Mundial y el FMI cancelaron con mucho gusto su reunión ese mes en Washington. Gracias a Al Qaeda, se las arreglaron para anular tanto la protesta de las comunidades de base como los

reparos de los países desarrollados y dar carpetazo a la declaración de la OMC en Doha— cuando previamente, habría habido un cincuenta por ciento de posibilidades de que hubiéramos podido evitarla. No se puede negar que esto fue una derrota. Al mismo tiempo, ha habido algunos acontecimientos compensatorios. Primero, la caída de Enron; no deberíamos subestimar el rol deslegitimador que tuvo, al desinflar el triunfalismo y el impulso ideológico que siguió al 11 de septiembre. Segundo, estuvo la subsiguiente crisis en Argentina, una catástrofe social y económica provocada por el neoliberalismo. Ambos han reavivado un escepticismo generalizado sobre el proyecto de globalización empresarial. En tercer lugar, ha estado la propia actuación de Estados Unidos. El Pentágono aún no ha conseguido dar con bin Laden, y ahora está contrayendo obligaciones en zonas en las que Estados Unidos tendrá dificultades para desenredarse de ellas algún día. Meterse en Irak sólo creará problemas mayores.

Dadas las tensiones en el sureste asiático y el conflicto en Oriente Medio, se puede defender que la situación estratégica de Estados Unidos es probablemente peor ahora que antes del 11 de septiembre, precisamente por este exceso de compromisos. La respuesta americana ha servido para fortalecer las tendencias fundamentalistas islámicas más que para eliminarlas. Mahathir y Musharraf se inclinan hacia Estados Unidos, pero está creciendo un gran abismo entre estos líderes y sus pueblos. Finalmente, pienso que ha habido una evolución en el papel de muchos de los grupos anti-globalización, que ahora están empezando a enfrentarse con temas de guerra y militarismo. En el reciente conflicto de Palestina teníamos bastante gente intentando atravesar las líneas israelíes.

En el Foro Social Mundial de este año había 50.000 personas, frente a las 15.000 de enero del 2001. En la cumbre de la UE de marzo en Barcelona, había 300.000 manifestantes — muchos más que en Génova. Hay mucho trabajo que hacer antes de que volvamos a la situación anterior a septiembre, pero hay varios indicios de que el movimiento está volviendo a una postura combativa. Un ejemplo de esto es que, cuando Estados Unidos mandó tropas a Filipinas en enero, hicimos un llamamiento para que la gente participara en una misión de paz internacional, y conseguimos tantos voluntarios que pudimos montar una investigación a escala completa: ir a Basilan, estudiar la situación, hablar con la

gente —incluidos los americanos— y volver con un informe crítico contra el que arremetió el gobierno filipino, y se convirtió en un tema de debate en la política del archipiélago. Este era un ejemplo de gente que simplemente se había preocupado por cuestiones comerciales y que se mueve hacia temás más amplios relacionados con la seguridad. El parlamentario europeo Matti Wuori, que fue a Basilan como antiguo representante de Greenpeace; estos son la clase de relaciones y transformaciones que se están haciendo.

Usted alude a menudo a políticas de clase, para nada comunes en el movimiento antiglobalización. ¿De dónde ve usted que procede su tradición intelectual ahora?

Diría que he sido pragmático, trabajando en todo lo que pareciera útil para la tarea que me ocupaba. Eso incluye obviamente el arsenal teórico del marxismo. Pero ya no me calificaría de leninista, porque creo que la crisis que golpeó a las sociedades comunistas tenía que ver con el carácter elitista de las organizaciones de vanguardia leninistas. Uno puede entender las razones históricas de su aparición, en situaciones de represión, pero cuando se hacen permanentes y desarrollan justificaciones teóricas para su falta de democracia interna, pueden convertirse en una fuerza muy negativa. Me han atraído aspectos del nuevo movimiento —su forma descentralizada, sus fuertes impulsos antiburocráticos y su trabajo a través de ideas de democracia directa, en la línea de Rousseau— llamémoslo anarquismo o no. Es más, en este momento pienso que la contribución más valiosa del movimiento es su crítica a la globalización empresarial, más que el modelo que ofrece para juntarse y tomar decisiones. Pero hay una crisis global de la democracia representativa actualmente en Occidente, así como en países como Filipinas. El movimiento representa una alternativa a esto. ¿Puede funcionar la democracia directa? Funcionó en Seattle y Génova, así que deberíamos preguntarnos cómo podemos desarrollarla más. ¿Cómo podríamos —odio usar la palabra— institucionalizar métodos de gobierno democrático directo?

*Traducción por E. García Casado del documento original en:
<http://www.focusweb.org/publications/2002/New-Left-Review-16.htm>*

